



✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos (1,40-45):**

*En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.*

*Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.» Pero, cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo, se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.*

**EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO (Benedicto XVI)**

«Extendió su mano...» Un gesto que resume la salvación

“La enfermedad es un rasgo típico de la condición humana, hasta el punto de que puede convertirse en una metáfora realista de ella, como expresa bien san Agustín en una oración suya: "¡Señor, ten compasión de mí! ¡Ay de mí! Mira aquí mis llagas; no las escondo; tú eres médico, yo enfermo; tú eres misericordioso, yo miserable" (Confesiones, X, 39).

Cristo es el verdadero "médico" de la humanidad, a quien el Padre celestial envió al mundo para curar al hombre, marcado en el cuerpo y en el espíritu por el pecado y por sus consecuencias. Precisamente en estos domingos, el evangelio de san Marcos nos presenta a Jesús que, al inicio de su ministerio público, se dedica completamente a la predicación y a la curación de los enfermos en las aldeas de Galilea. Los innumerables signos prodigiosos que realiza en los enfermos confirman la "buena nueva" del reino de Dios.

Hoy el pasaje evangélico narra la curación de un leproso y expresa con fuerza la intensidad de la relación entre Dios y el hombre, resumida en un estupendo diálogo: "Si quieres, puedes limpiarme", dice el leproso. "Quiero: queda limpio", le responde Jesús, tocándolo con la mano y curándolo de la lepra. Vemos aquí, en cierto modo, concentrada toda la historia de la salvación: ese gesto de Jesús, que extiende la mano y toca el cuerpo llagado de la persona que lo invoca, manifiesta perfectamente la voluntad de Dios de sanar a su criatura caída, devolviéndole la vida "en abundancia" (Jn 10, 10), la vida eterna, plena, feliz.

Cristo es "la mano" de Dios tendida a la humanidad, para que pueda salir de las arenas movedizas de la enfermedad y de la muerte, apoyándose en la roca firme del amor divino (cf. Sal 39, 2-3)" (Ángelus, 12-02-2006).

**PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN (P. Tomás Morales)**

Puedes rezar este evangelio con estos puntos de meditación:

**1. Se le acercó un leproso y se arrodilló**

Fe humilde y confiada del leproso. Estando Jesús en una ciudad, dice el evangelio —estando Jesús en el sagrario,

podemos completar nosotros —, vino a Él un hombre lleno de lepra; yo, la humanidad. Veámosle llegar. Se arrastra por el camino. Olvida el precepto rabínico. Tenía que mantenerse alejado. Quizá lo viola intencionadamente para obtener curación. Cabeza descubierta, barba tapada con velo, vestido andrajoso, grita: «Tamé, tamé», impuro. Quiere advertir con su proximidad para que se alejen cuantos por allí pasaban. La infamia pública rodea a este pobrecito. La lepra es castigo de Dios por sus pecados. Triste situación de este enfermo. Lucas la subraya. Estaba «lleno» de lepra. Úlceras purulentas invadían todos sus miembros, asomaban al rostro. Ese leproso soy yo, son mis hermanos. Me tengo que arropar en sus andrajos para acercarme a Cristo.

*Se le acercó, se arrodilló.* Y doblando las rodillas, cayendo sobre su rostro, le adoraba. Humildades del leproso..., que con estas palabras nos describe el Espíritu Santo. Vivía en verdad. Se daba cuenta de su impotencia para recobrar la salud. Por eso dobla las rodillas, toca tierra con su rostro, silenciosamente adora a Jesús.

–«Madre: tus hijos, llenos también de lepra, queremos también doblar nuestras rodillas, adorar en el silencio acogedor de la oración esperando un milagro para la

Iglesia, para todos los hombres».

**2. ¡Quiero, queda limpio!**

Pero la fe del leproso, además de humilde, es confiada. *Y le rogaba diciendo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme».* Si quieres..., puedes. En dos verbos, *querer, poder*, cifra toda su confianza. «Como todo lo puedes, basta con que quieras», podría haber dicho de otra forma. Mejor, diría también, pues el evangelio sólo nos dice lo que repetía en su súplica y alguna de las palabras que empleó. Dijo muchas más. *Y le rogaba...; imperfecto que indica, en el texto original, una acción prolongada. Si quieres;* a pesar de lo avanzado de mi enfermedad, de los años que me asedian, de la inutilidad de los remedios humanos... *Si quieres, puedes.* Y sigue pidiendo, hasta que *Jesús, compadecido* — movido a profunda compasión, puntualiza Marcos, el evangelista más fiel en precisar los sentimientos de Cristo —, *extendió su mano, y, lo tocó...* Que me toque, que le toque. Que Él desde el sagrario, abriéndose sobre las cinco partes del mundo, toque a una humanidad envuelta en miseria.

«Extiende, Señor, la diestra de tu majestad sobre nosotros», repite la liturgia. ¡Qué distinta la reacción de Jesús ante el leproso! Los rabinos se ufanaban de arrojarles piedras para separarlos del camino. Huían apenas divisaban un leproso. Y Jesús se acerca, extiende su mano, toca... *Y enseguida quedó limpio de la lepra.* No necesitó una lenta mejoría. Ni fue desapareciendo la lepra poco a poco. Ni se notó el efecto después de una hora, un día... Al instante, desapareció la lepra. Úlceras que al momento cicatrizan, heridas que se cierran, carne fresca que aparece, borrando toda huella...

Milagro de primer orden. Prodigio de la fe humilde y confiada de este leproso, de cualquier alma enferma que se



acerca a Jesús. Podía cantar, y podría yo cantar si le imito, con la Iglesia: *La diestra del Señor hizo el milagro, su diestra me levantó; no moriré; viviré y cantaré las maravillas del Señor* (Sal 117).

San José Benito Cottolengo comenzaba en Turín su obra. Recogía niños inválidos. Hace suya una divisa: «*A Dios le cuesta lo mismo mantener dos que dos mil. El que con confianza y sin vacilar ora, tiene a su favor la omnipotencia divina*». Es la omnipotencia que ha cubierto el mundo de cottolengos, de pequeñas casas de la misericordia, como él las llamaba. Es la fuerza que desencadena la oración confiada y humilde. Me transformaré, me santificará y santificará a muchos en todo el mundo, salvará a la juventud.

### AMOR DE SAN FRANCISCO POR LOS LEPROSOS

(San Buenaventura)

Un día en que Francisco se paseaba a caballo por la llanura cerca de Asís, en su camino encontró a un leproso. Ante este encuentro inesperado, le vino un sentimiento de intenso horror, mas, acordándose de la resolución que había hecho de vida perfecta y que, antes que nada, debía vencerse a sí mismo si quería llegar a ser «soldado de Cristo» (2Tm 2,3), saltó del caballo para abrazar al desgraciado. Éste, que alargaba su mano para recibir una limosna, recibió, junto con el dinero, un beso. Después Francisco volvió a subirse al caballo. Pero sintió ganas de mirar a su alrededor, y ya no vio más al leproso. Lleno de gozo y admiración, se puso a cantar alabanzas al Señor.

Algunos días más tarde, con gran cantidad de dinero en el bolsillo se dirigió hacia el hospicio de los leprosos y, una vez reunidos todos, les dio a cada uno de ellos una limosna besándoles las manos. A la vuelta experimentó lo que en un principio le resultaba amargo, -ver y tocar a los leprosos-, se le había vuelto dulzura. Antes, la simple vista de los leprosos, como él mismo confesaba, le era tan penoso que incluso evitaba ver las casas donde habitaban. Si en alguna ocasión los veía o le tocaba pasar cerca de una leprosería volvía el rostro y se tapaba la nariz. Pero la gracia de Dios le convirtió de tal manera que se le hizo familiar y le gustaba convivir con ellos y servirlos, como el mismo reconoce en su testamento. La visita a los leprosos le había transformado.

Se abandonó entonces, al espíritu de pobreza, al gusto por la humildad y a seguir los impulsos de vivir una piedad profunda. Siendo así que antes la sola vista de un leproso le sacudía interiormente de horror, desde aquel momento se puso a prestarles todos los servicios posibles con una despreocupación total de sí mismo, siempre humilde y muy humano; y todo ello lo hacía por Cristo crucificado el cual, según el profeta, le «estimamos leproso» (Is 53,3). A menudo los visitaba y les daba limosnas; después, movido por la compasión, besaba afectuosamente sus manos y su rostro. También a los mendigos, no quedándose contento con darles lo que tenía, hubiera querido darse él mismo y, cuando ya no le quedaba más dinero en la mano, les daba sus vestidos, descosíéndolos o, a veces, haciéndolos pedazos para repartírselos.

Por esta época peregrinó a Roma hasta el sepulcro del apóstol Pedro; cuando vio a los mendigos pululando por el atrio de la basílica, movido de compasión tanto como por el amor a la pobreza, escogió a uno de los más miserables, le propuso cambiar sus propios vestidos por los pingajos del mendigo y pasó todo el día en compañía de los pobres, y el alma llena de un gozo que no había conocido hasta entonces (Vida de San Francisco).

### LA LEPRO DEL ALMA (San Francisco de Sales)

“Hay muchos leprosos en el mundo. Ese mal consiste en cierta languidez y tibieza en el servicio de Dios. No es que se tenga fiebre ni que sea una enfermedad peligrosa, pero el cuerpo está de tal manera manchado de la lepra que se encuentra débil y flojo.

Quiero decir que no es que se tengan grandes imperfecciones ni se cometan grandes faltas, pero caemos en tantísimas omisiones pequeñas, que el corazón está lánguido y debilitado.

Y lo peor de las desgracias es que en ese estado, a nada que nos digan o hagan, todo nos llega al alma. Los que tienen esta lepra se parecen a los lagartos, esos animales tan viles y abyectos, los más impotentes y débiles de todos, pero que, a pesar de ello, a poco que se les toque, se vuelven a morder...

Lo mismo hacen los leprosos espirituales; están llenos de muchísimas imperfecciones pequeñas, pero son tan altivos que no admiten ser rozados y a poco que se les reprenda, se irritan y se sienten ofendidos en lo más vivo.

¿Qué remedio hay? Tenemos que agarrarnos fuertemente a la cruz de Nuestro Salvador, meditarla y llevar en nosotros la mortificación. No hay otro camino para ir al cielo; nuestro Señor lo recorrió el primero. Si no os ejercitáis en la mortificación de vosotros mismos, os digo que todo lo demás no vale nada y os quedaréis vacíos de todo bien

### MATAS PARA DAR VIDA

(Poema de S. Juan de la Cruz)

¡Oh divina vida!, nunca matas si no es para dar vida, así como nunca llagas si no es para sanar. Llagásteme para sanarme, ¡Oh divina mano!, y mataste en mi lo que me tenía muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu general gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia, que es tu Unigénito Hijo; en el cual, siendo él tu Sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin por su limpieza.

¡Oh, pues, tú, toque delicado, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser divino penetras sutilmente la sustancia de mi alma, y, tocándola toda delicadamente, la absorbes toda a ti en divinos modos de suavidades nunca oídas en la tierra de Canaán, ni vistas en Temán!

¡Oh, pues, mucho y en grande manera mucho delicado toque del Verbo para mí, cuanto, habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Horeb con la sobra de su poder y fuerza que iba adelante, te diste a sentir al profeta en silbo de aire delgado!

¡Oh aire delgado!; como eres aire delgado y delicado, di, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa y mucho dichosa el alma a quien tocares delgadamente, siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo, mas no lo digas al mundo, porque no sabe de aire delgado el mundo, y no te sentirá, porque no te puede recibir ni te puede ver.

¡Oh, Dios mío y vida mía!, sino aquellos te sentirán y verán en tu toque que se pusieren en delgado, con viniendo delgado con delgado; a quien tanto más delgadamente tocas, cuanto estando tú escondido en la ya adelgazada y pulida sustancia de su alma, enajenados ellos de toda criatura y de todo rastro de ella, los escondes a ellos en el escondrijo de tu rostro, que es tu divino Hijo, escondidos, de la conturbación de los hombres (Sal 30,21). (Llama de Amor Viva, Estrofa 2)